

Las mujeres por doña Emilia (1913): un artículo de Salvador Monsalud con la cuestión académica de fondo

José Montero Reguera

(UNIVERSIDADE DE VIGO)

(recibido febreiro/2020, aceptado xuño/2020)

RESUMEN: Esta nota da cuenta de una iniciativa y un artículo, no tenidos en cuenta hasta la fecha, que defienden, en diciembre de 1913, la incorporación de Emilia Pardo Bazán a la Real Academia tras el rechazo recibida por aquella en abril de 1912. La iniciativa se debe al periódico El pensamiento femenino y el artículo al periodista José Montero Iglesias, que firma con el seudónimo galdosiano de Salvador Monsalud en las páginas del diario El Cantábrico.

PALABRAS CLAVE: Real Academia Española. Pardo Bazán. El Pensamiento Femenino. Salvador Monsalud. José Montero Iglesias.

ABSTRACT: This note informs about an initiative and an article, not taken into account until now, that defend in December 1913 the incorporation of Emilia Pardo Bazán to the Royal Spanish Academy (Real Academia Española) after her rejection received in April 1912. The initiative is due to the newspaper The female thought (El Pensamiento Femenino) and the article to the journalist José Montero Iglesias, who signs with the Galdosian pseudonym of Salvador Monsalud in El Cantábrico, a Santander's newspaper.

KEY WORDS: Real Academia Española. Pardo Bazán. El Pensamiento Femenino. Salvador Monsalud. José Montero Iglesias.

Los trabajos de Zamora Vicente (1989) Patiño Eirín (2004) y Virtanen (2016) han reunido los documentos esenciales para conocer la desoladora historia de los intentos fallidos de Emilia Pardo Bazán por alcanzar un sillón académico en la RAE que culminan con la negativa definitiva, por parte de la referida institución, fechada en 16 de abril de 1912 (Virtanen 2016:32). Pese a algunos movimientos posteriores, una intensa campaña periodística promovida desde la prensa gallega, pero no solo, que llega hasta 1917, y una carta en este sentido de la propia escritora fechada el 20 de octubre de 1913, nada cambió y doña Emilia no alcanzó el deseado sillón académico.

En este contexto se sitúan los documentos que reproduzco (una iniciativa y un artículo periodístico) donde se defiende la incorporación de la escritora a la Real Academia Española. En lo que se me alcanza, ni una ni otro han sido tenidos en cuenta en el estudio de esta polémica.

En el número correspondiente a la primera quincena de diciembre de 1913, *El pensamiento femenino*, periódico que había comenzado su andadura poco antes, el 15 de octubre de ese mismo año bajo la dirección de Benita Asas Manterola, publica un texto donde propone que las “señoras españolas, admiradoras de la insigne literata [...] envíen sus adhesiones al mensaje que se piensa dirigir a dicha Real Academia en solicitud de que el reglamento por el que tan digna corporación se gobierna sea modificado en el sentido de que el acceso a la misma sea posible para la mujer que se haga acreedora a ello”.¹

Esta iniciativa fue recogida por el periodista mirobrigense José Montero Iglesias (1878-1920) quien, bajo el seudónimo de *Salvador Monsalud*, publica un artículo sobre esta cuestión en *El Cantábrico*, periódico santanderino a cuya redacción se había incorporado al filo de 1900 (Montero Reguera 2019 a, b y c). Se publicó en el número 7.514 correspondiente al miércoles, 24 de diciembre de 1913 (p. 1).

Galdosiano militante, Montero Iglesias venía firmando artículos en el mencionado periódico con este seudónimo desde marzo de ese mismo año; aún lo utilizaría en otros varios de los dos siguientes e, incluso, años después, en algunas colaboraciones aparecidas en la revista madrileña *Por esos mundos* durante los primeros meses de 1916. La identificación del seudónimo se hace explícita en el poema que dedica a José Estrañi con motivo del día de San José de 1915:

19 de marzo

A Estrañi, viejo poeta

La dama Primavera
 tiende su luminosa cabellera,
 el Santo Patriarca se aparece
 como una luz del cielo desprendida,
 y la tierra le ofrece
 rosas para su vara florida.
 Un año más sobre la noble frente
 que acarició una musa sonriente
 con sus divinos labios escarlata,
 ha dejado, inclemente,
 nuevos hilos de plata.
 Pulidas manos de azucena y raso

¹ No habiendo podido encontrar el referido ejemplar de *El pensamiento femenino*, reproduzco el documento de *El correo español*, viernes 19 de diciembre de 1913, accesible en la *Hemeroteca digital* a través de este enlace: <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0029772007&page=1&search=el+pensamiento+femenino&lang=es>. El texto completo se reproduce como apéndice 1 al final.

os alejan la duda y los dolores
 y os dan, con sus favores,
 en la tranquila luz de vuestro ocaso
 un tributo de besos y de flores.
 Viendo pasar las placenteras horas,
 podéis decir, acariciando amores,
 como el viejo cantor de las *Doloras*:
Las hijas de las madres que amé tanto
*me besan ya como se besa a un santo.*²

JOSÉ MONTERO
 (Salvador Monsalud)

Madrugada de San José 1915.³

Su explicación se insinúa en una carta al autor de *Marianela* fechada el 24 de agosto de 1917, hoy estante en la casa museo de Galdós en su localidad natal: “V. me conoce bien, maestro. Sabe V. de mi admiración y mi lealtad, bien probadas con motivo de un incidente que me hizo adoptar el pseudónimo de *Salvador Monsalud*. Si mis sentimientos y mis escasas facultades le merecen a V. confianza, concédame V. el honor de asociar mi nombre modestísimo al suyo glorioso e inmortal”.

Concebido a modo de cuadro de costumbres, el artículo parte de la iniciativa de *El Pensamiento Femenino* para hacer desfilar por él a cuatro mujeres pertenecientes a estratos sociales distintos, a quienes el periodista pregunta por la Pardo Bazán y la iniciativa del periódico.⁴ Las respuestas, en consonancia con la idiosincrasia de cada una de ellas (“desde la que envuelve su cuerpo en pieles y terciopelos hasta la de vida oscura que remienda a la luz de una bujía los calzones de algún rapaz”), permiten el repaso a un buen número de las creaciones de doña Emilia a partir de ciertas vinculaciones de estas con el mundo en el que se desenvuelve cada una las mujeres, de manera que, más allá del conocimiento o ignorancia de la escritora, de que suscriban o no la iniciativa de *El Pensamiento Femenino*, el interrogatorio viene a consignar una parte importante de las muchos méritos de aquella para incorporarse a la institución académica.

Con nombre simbólico, Doña Virtudes, “fría y hierática”, rosario en las manos, representa la rancia tradición religiosa que encuentra en algún personaje valleinclanesco

² Los dos versos de Campoamor remiten a la segunda parte de *Humoradas*, la número XI, con una variante: hijas / niñas.

³ Véase *El Cantábrico*, 20/03/1915, p. 1, accesible en: https://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.do?idPublicacion=1002265&anyo=1915.

⁴ Se reproduce en el apéndice 2; es accesible en la *Biblioteca virtual de prensa histórica*: https://prensahistorica.mcu.es/es/publicaciones/numeros_por_mes.do?idPublicacion=1002265&anyo=1913

su modelo;⁵ vive en casa acorde con ello, de “muebles de talla antigua [...] una lámpara arcaica y un vargueño venerable”, lo que permite recordar algunas publicaciones religiosas de la novelista (*Por la Europa católica, San Francisco de Asís, Los poetas épicos cristianos*), si bien muestra también los recelos que este tipo de mujer podría plantear ante otra de la que no tiene constancia explícita de su fe religiosa: “Cuando estuve en Madrid, una Semana Santa, no la encontré en las mesas petitorias de las Calatravas, ni en las de San José, ni en las de San Jerónimo el Real, ni en la de las Góngoras [...] Pero, en fin, ya sabremos lo que dice el padre Fernández. Algo me escama que la llamen la Pardo Bazán”.

La señorita Nieves, mujer que lee, maestra (“Todo el día en la escuela, cultivando la inteligencia de los niños, modelando sus espíritus”), con inquietudes intelectuales –libros en el despacho, un diploma en marco dorado, una esfera terrestre– sí sabe de la escritora. De su interés por la educación de la infancia surge la posibilidad de recordar las aportaciones pedagógicas de Pardo Bazán (“Tiene en su *Biblioteca de la Mujer* una sección pedagógica”), al tiempo que sus colaboraciones en *Blanco y Negro* que le hicieron tan cercana a un público muy amplio.

Pepita Pérez es joven, de pelo negro ensortijado; con pocos recursos económicos, trabaja de costurera; enamoradiza y soñadora es aficionada a leer novelas “por entregas donde hay un trovador que canta al pie de una reja una noche clara”. Se acude de nuevo a referencias artísticas y literarias para perfilar su extracción y entorno sociales; en este caso, mediante referencias a la *Argentinita* y Adelita Lulú, y a los amores de Paloma, costurera, y Lamparilla, barbero, ambos personajes principales de la zarzuela *El barberillo de Lavapiés* (1874), con libreto de Luis Mariano de Larra y música de Francisco Asenjo Barbieri. La afición lectora de la costurera permite recordar la producción novelística de la escritora coruñesa, a quien, sin embargo, Pepita desconoce: *La piedra angular, Insolación, Doña Milagros, La tribuna, El fondo del alma, El vestido de boda, Cuentos de amor, Dulce dueño, Un viaje de novios*.

Paca *La Rubia*, en cambio, es ama de casa, abnegada madre dedicada de una larga prole de seis hijos a quienes ha de atender y cuidar en soledad, y que se apoltonan en la estrecha –pero caliente– cocina de la casa. No tiene ni idea de Pardo Bazán. El periodista le recuerda algunos títulos relacionados con las circunstancias que rodean a la buena mujer (“*El saludo de las brujas, El niño de Guzmán, Cuentos de Marineda*); y la soledad y necesidad en que cría a los niños: “Doña Emilia tiene en la *Biblioteca* que dirige algo sobre la esclavitud femenina. Es una gloria del sexo”. Intenta referir algunos títulos más (*Estudios sobre la revolución y la novela en Rusia*)... Pero la realidad se impone: un chiquillo que llora, la lumbre que hay que avivar... No está para “Novelas y fantasías”, binomio con el que sintetiza la esencia de Emilia Pardo Bazán como creadora.

⁵ La condesa de Porta-Dei es personaje que aparece en *Beatriz*, relato corto de 1903 que luego se incorporó a *Jardín umbrío* (1920). La referencia en el artículo a este personaje remite directamente al siguiente párrafo valleinclanesco: “Viendo pensativa a la Condesa, el capellán guardó silencio. Era un viejo de ojos enfoscados y perfil aguileño, inmóvil como tallado en granito. Recordaba esos obispos guerreros que en las catedrales duermen o rezan a la sombra de un arco sepulcral. Fray Ángel había sido uno de aquellos cabecillas tonsurados que robaban la plata de sus iglesias para acudir en socorro de la facción. Años después, ya terminada la guerra, aún seguía aplicando su misa por el alma de Zumalacárregui” (Valle-Inclán 2002:91-92).

El artículo, por medio de un ingenioso cuadro de costumbres, se convierte así en una voz más a favor del ingreso de doña Emilia en la Academia Española, en un momento en que el rechazo de esta institución a la autora de *Los Pazos de Ulloa* se había convertido en verdadera *cuestión palpitante*.

BIBLIOGRAFÍA

Montero Reguera, José (2019a): "Pláticas cervantinas de familia", Alfredo Moro, ed., *Cervantes y la posteridad. 400 años de legado cervantino*, Madrid, Iberoamericana y Vervuert, pp. 101-140.

Montero Reguera, José (2019b): "José Montero Iglesias", *Diccionario de autores literarios de Castilla y León (base de datos en línea)*, dir. y ed. María Luzdivina Cuesta Torre, coord. Grupo de investigación LETRA, León, Universidad de León, agosto 2019. [En línea] <<http://letra.unileon.es/>> [17/10/2019].

Montero Reguera, José (2019c): "Una recreación desconocida e inédita del *Quijote: El último Quijote* (1902) de Jesús de Amber y José Montero", *Anales Cervantinos*, LI, pp. 317-356 (en colaboración con Hermitas Cabaleiro Soutullo).

Patiño Eirín, Cristina (2004): "En los umbrales de la Academia: Emilia Pardo Bazán, impugnadora de la tradición del absurdo en dos cartas de campaña y una entrevista olvidada", *La Tribuna. Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, 2, pp. 131-155.

Valle-Inclán, Ramón del (2002): *Jardín umbrío*, Madrid, Espasa Calpe, 2002, 12ª. ed.

Virtanen, Ricardo (2016): "Abril de 1912: fin del sueño de Emilia Pardo Bazán por conquistar una plaza en la Real Academia Española de la Lengua", *La Tribuna. Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, 11, pp. 23-45.

Zamora Vicente, Alonso (1999): "Las mujeres en la academia", *La Real Academia Española*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 485-499.

APÉNDICE 1

La Academia de la Lengua y la Pardo Bazán.

Dice *El Pensamiento Femenino*:

Sabida es la declaración que la Real Academia de la Lengua ha hecho con respecto al motivo que existe para que la eximia escritora no pueda figurar como académica de las letras patrias; el obstáculo no es otro que éste: el de ser mujer.

Al formarse los cánones por que se rige la Real Academia, no debieron prever el caso de que las mujeres pudiesen, con su talento y estudio, llegar a la cumbre de la literatura nacional y hacerse merecedoras, por tanto, de las distinciones que se hacen a los hombres de mérito en el respecto aludido. Mas habiéndose presentado la realidad justificadora de la sin razón con que se omitió en tales cánones el concurso de la mujer. *El Pensamiento Femenino* no puede permanecer en silencio ante irregularidad semejante, y se permite invitar a todas las señoras españolas admiradoras de la insigne literata, a que envíen sus adhesiones al mensaje que se piensa dirigir a dicha Real Academia en solicitud de que el reglamento por el que tan digna corporación se gobierna sea modificado en el sentido de que el acceso a la misma sea posible para la mujer que se haga acreedora a ello.

Es de esperar que invitación tan patriótica caiga en el vacío, y para la más completa eficacia de esta idea, *El Pensamiento femenino* dirige el siguiente ruego:

A toda la Prensa española.

Se suplica encarecidamente a todos los periódicos de Madrid y de provincias tengan la bondad de reproducir los párrafos precedentes, y añadir:

Las señoras, que, tanto de Madrid como de provincias deseen adherirse al precipitado mensaje, enviarán su conformidad en tarjeta postal dirigida a la directora de *El Pensamiento Femenino*, con estas señas: Madrid, calle de Fuencarral, núm. 152 duplicado, principal".

APÉNDICE 2

Las mujeres por doña Emilia

Juicios y opiniones

Aunque nadie me ha consultado, voy a decir que me parece muy bien la idea de *El Pensamiento Femenino* de solicitar, con la adhesión de las mujeres españolas, que el reglamento de la Real Academia de la Lengua se modifique en el sentido de abrir las puertas de la Corporación a las mujeres que por sus méritos literarios merezcan el título de académico. Ya está dicho.

La iniciativa tiene por objeto reparar la injusticia de que es víctima la insigne doña Emilia Pardo Bazán, orgullo de las mujeres y prestigio de las Letras hispanas, abriéndole el camino porque pasaron otros señores que no han escrito precisamente *San Francisco de Asís* ni han criticado la literatura francesa. Reconocerle el derecho a limpiar y fijar el idioma oficialmente, después de haberle dado esplendor en muchos libros primorosos. ¿Por qué no ha de entrar en la Academia doña Emilia Pardo? Si algunos escritores tienen sillón, alabados por su talento refinado, exquisito, femenino, la insigne autora de *Morriña* debe tenerlo porque su cerebro es fuerte, masculino, potente.

Las mujeres españolas se adherirán, sin duda a la iniciativa de *El Pensamiento femenino*, reparador de una injusticia. Por lo menos, así debe de ser. Yo voy a dar al lector algunas opiniones, recogidas de mujeres de distinto linaje y diferente condición, no desde la princesa altiva a la que pesca en ruina la barca, pero sí desde la que envuelve su cuerpo en pieles y terciopelos hasta la de vida oscura que remienda a la luz de una bujía los calzones de algún rapaz.

Doña Virtudes

Para ver a esta buena señora he tenido que hacer antesala un ratito en un recibidor alhajado severamente con muebles de talla antigua, cortinones de brocado carmesí, una lámpara arcaica y un vargueño venerable. La chimenea, encendida, caldeaba la estancia. Al amor del fuego, escuché un lento bisbiseo, que venía de una habitación inmediata. Tenía la sala el silencio de los palacios solariegos, en los que parece dormir el tiempo al isócrono tic-tac de un reloj largo y estrecho como un ataúd.

Cuando apareció doña Virtudes, correspondió con una ceremoniosa inclinación a mi saludo. La señora doña Virtudes es alta, seca como un árbol sin savia, tiene la boca fruncida y la cabeza envuelta por un casco de pelo postizo encañonado a fuerza de tenazas. Su figura, fría y hierática, evoca el recuerdo de la condesa de Porta-Dei escuchando los cristianos consejos de su capellán, fray Ángel, acabada la misa que el tonsurado aplicaba por el alma de Zumalacárregui. En sus manos pálidas brillaban las cuentas de un rosario, al lado de los impertinentes montados en concha.

—¡Pues verá mi señora, doña Virtudes —exclamé un poco trémulo—. Se quiere que las mujeres españolas apoyen el ingreso en la Academia de la Lengua de doña Emilia Pardo.

–Sí, ya sé– contestó mientras movía entre sus manos el rosario y reforzaba su afirmación con leves movimientos de la cabeza.

–A usted, sin duda, le parecerá bien, porque la insigne doña Emilia es una gloria de las Letras.

–Le diré a usted... ¿sabe si va a las Conferencias o es del Roperó?

–Ay, señora, no sé. Hace años hizo un viaje por la Europa católica y escribió un libro que se llama *San Francisco de Asís*. Después ha dirigido la publicación de una Biblioteca para las mujeres con libros de Juan Luis Vives y de la Venerable de Ágreda.

Doña Virtudes permaneció silenciosa, mirando el rojizo resplandor de la chimenea. Revolvía, sin duda, en el magín, bajo el casco de pelo encañonado pomposamente, las ideas de su contestación. Parecía una estatua.

–Cuando estuve en Madrid, una Semana Santa, no la encontré en las mesas pepitorias de las Calatravas, ni en las de San José, ni en las de San Jerónimo el Real, ni en la de las Góngoras...

–Estaría escribiendo. ¡Tienen tanto que estudiar y escribir cuarenta libros! Ya sabe, doña Virtudes. *Por la Europa católica, Los poetas épicos cristianos, San Francisco de Asís...*

–No los he visto en la Biblioteca “Patria”. Pero, en fin, ya sabremos lo que dice el padre Fernández. Algo me escama que la llamen *la Pardo Bazán*.

Me despedí de doña Virtudes. La noble dama quedó en medio de la estancia, moviendo sin cesar el rosario, mientras me miraba al través de sus impertinentes de concha.

La señorita Nieves

Para atender a mi palique esta gentil señorita Nieves, dejó sobre la mesa un libro que traía entre las manos. Me parece que era de Pestalozzi.

Estaba en su despacho, ante una mesa limpia de papeles. Sobre un trozo de terciopelo estaba el tintero, un tintero muy mono, que era como un caracol con una leyenda que dice, en letras dibujadas primorosamente: *Recuerdo del Sardinero*. En un armario ostentaban sus lomos, alineados con mucho tino, dos docenas de libros empastados de piel azul. En un rincón destacaba su redondez una esfera terrestre. Presidiéndolo todo, un diploma encerrado en un marco dorado, muy brillante, era como un blasón o pergamino de nobleza. Debajo de un escudo me pareció leer: *Por cuanto la señorita doña Nieves...* O algo así.

–Pues ya ve usted, no lo he leído– me dijo la gentil señorita, entreabriendo la boca en una leve sonrisa. Luego echose hacia atrás, recostándose en el respaldo del sillón.

–¡Qué he de leer!– continuó–. Todo el día en la escuela, cultivando la inteligencia de los niños, modelando sus espíritus... No tengo tiempo para nada. Porque las inteligencias infantiles necesitan ser cultivadas como flores y nosotros somos escultoras de almas.

–Se trata de doña Emilia Pardo Bazán, una escritora insigne, gloria de España y orgullo de las mujeres –dije yo.

–Sí, ya sé. Escribe en *Blanco y Negro* unas cosas muy bonitas ilustradas por Méndez Bringas. A mí me encantan esas mujeres tan listas. ¡Qué lástima que no haya compuesto algún libro pedagógico! Algún manual de lectura, por ejemplo.

–Tiene en su Biblioteca de la mujer una sección pedagógica.

–Así, así... El porvenir de España está en la escuela. Los árboles se enderezan de jóvenes, los corazones se forman en la niñez y los cerebros hay que nutrirlos en la cátedra. Si doña Emilia organizara una Extensión universitaria, haría un inmenso beneficio a las madres de familia, porque nosotras observamos la natural inclinación de los pequeñuelos y los encaminamos en la vida. Sus almas son en nuestras manos como una masa adaptable a todas las formas. Cuando son duras, nosotros somos el buril que las cincela poco a poco. ¿Entiende usted?

–De manera que a la señorita Nieves le parece muy bien que doña Emilia...?

–Naturalmente, hombre de Dios. Es una obra de cultura, de justicia y de redención. ¡Una mujer que escribe en *Blanco y Negro*, ilustrado por Méndez Bringas! Ilustrar deleitando como dijo el otro.

Una jovencita interrumpió nuestra entrevista. Traía en la mano un bastidor y algunos libros. Cuando salía, pude escuchar la voz de la señorita Nieves que preguntaba con graciosa severidad. –¿Qué es la línea recta?

Pepita Pérez

Desde la escalera escuché el murmullo de una animada charla, risas cristalinas, como un chorro de agua corriente y una voz que intentaba mantener el orden, un poco revuelto, gritando fuertemente: –¡Chicas!, ¡chicas! Luego, varias veces entonaban a coro una tonadilla popular aprendida en el cine, escuchando a la *Argentinita* y Adelita Lulú.

Mi amiga Pepa Pérez cosía. Es morena, de pelo negro, ensortijado y abundante, de ojos pícaros y traviosos. Vive muy alto, en una bohardilla [sic], más por la carestía de las viviendas, que por sentir nostalgias de las alturas, y tiene sobre la ventana que da al tejado un tiesto de claveles que cuida con tanto afán como primor. En esto se parece a Paloma, la maja que fue tormento de Lamparilla.

Con sus cuatro trapitos domingueros, limpios y relucientes, sus peinetas y sus zapatos de tacón alto, es en las calles un rayo de luz que todo lo alegra. Algunos días, amanece con el rostro de un mate pálido y las negras pupilas cercadas por un azul de violeta. Es que se quedó dormida, mientras leía una novela por entregas donde hay un trovador que canta al pie de una reja, una noche de luna clara. Y soñó mucho.

–Oye –me dice Pepa Pérez–, esa doña Emilia, ¿quién es?

–Una escritora ilustre, que ha cogido abundantes cosechas en todos los campos de la literatura y ha escrito muchos y buenos libros, gala de las Letras, orgullo de la crítica y gloria de España.

–¡Os, hijo, pues no me vienes tú con no pocas cosas! Es una mujer de mucho talento, ¿no es eso? es una sabia, ¿no es verdad? Pues acabáramos, hombre.

–Bueno... ¿Crees que debe sentarse en la Academia, entre los hombres más ilustres?

–¿Ha escrito novelas?

–Muchas, mujer. *La piedra angular*, *Insolación*, *Doña Milagros*, *La tribuna*...

–Ay, hijo, no me gustan. ¿Y no ha escrito cosas de amores?

–En casi todas las novelas hay amor, un idilio, una pasión. Oye... También ha escrito *El fondo del alma*, *El vestido de boda*, *Cuentos de amor*, *Dulce dueño*, *Un viaje de novios*...

Pepita palmorea ruidosamente y ríe como una loca, con una risa de todo el cuerpo, de la cara, de los ojos, de la boca.

–¡Eso, eso me gusta a mí! ¡Qué bonito!

Luego se pone seria repentinamente, medita un momento, entorna los ojos soñadores y se muerde los labios hasta encendérselos como una flor. Y echando sobre mí su cuerpo gallardo me pregunta de pronto:

–Oye, ¿qué pasa en *Un viaje de novios*? Cuéntamelo...

–Es algo largo de contar, mujer. Te dejaré el libro. ¿Y qué hacemos con doña Emilia?

–Que vaya a la Academia, enseguida! ¡Una mujer que sabe tanto, que escribe unas novelas tan bonitas! Pongo en el periódico, que salga mañana mismo...

Dejé a Pepa con el rostro encendido y los negros cabellos un poco revueltos, cayéndole los rizos sobre la frente, donde empezaba a florecer un ensueño. Mañana mismo le llevo la novela de Pardo Bazán.

Paca La Rubia

Al cabo de una mala escalera, oscura y ruinoso, de peldaños renegridos y desiguales, está la vivienda de esta buena mujer. La cocina, también oscura, estrecha y sucia por el humo, es al mismo tiempo gabinete, alcoba y comedor. En las paredes, sobre periódicos de fechas lejanas, y en el vasar de madera recién lavada, relucían sartenes, platos y cacerolas, limpio todo como los mismos chorros de oro.

Paca la rubia tiene seis hijos para pasar el tiempo entretenida, seis muchachos gordos, rollizos, colorados, como si en los carrillos le hubieran estallado dos rosas. Una bendición de muchachos. Recogidos en casa por el frío, al amor de la lumbre, apenas cabe en la cocina, llena siempre de ruidos, de voces y de risas. A veces suena también la música del llanto.

Cuando yo entré, uno de los muchachos lloraba con estrépito y otro se escondía detrás de un baúl. Paca, con el más chiquitín en brazos, colgado de la teta, atizaba la lumbre, mientras gritaba desaforadamente.

–¡Escóndete, so ladrón! ¡Mira que si te cojo! Cierra tú esa boca, becerro de los diablos. ¿Qué te ha hecho ese condenao? ¡Maldita sea la...! Y tú, mamón de los demonios, deja esa teta, que me vas a secar. ¡Lástima no...!

Luego, de pronto, sonaron varios besos fuertes, ruidosos como estadillos, y la voz de Paca se abrió como un surtidor de caricias.

–¡Hermoso! hay que ver estos ojos y esta boca... ¡esto no es cara, es un sol!

–¿Y a usted qué le parece, buena mujer? –pregunté a *La Rubia*.

–¿Qué me ha de parecer, hombre de Dios? No ve a ese arrastrao de hijo qué cara se me ha puesto? ¿Pero dónde has cogido ese chocolate, criminal? ¡Hoy los mato!

–Se trata de doña Emilia, de la insigne escritora, de la que ha dado al mundo *El saludo de las brujas*, *El niño de Guzmán*, *Los cuentos de Marineda* y tantos otros frutos de su ingenio preclaro.

–Mire, déjeme en paz con sus libros y fantasías. ¿Pero usted ve? ¡Deja esa sartén en su sitio, ladrón! Y tú, mala entraña, ¿por qué lloras? A mí con libros y novelas... ¡Chuletas son las que me hacen falta! Eso se queda pa las señoras que tienen el cuerpo bien descansao. ¿Cómo te has roto los calzones? ¡Uf, qué manos!

–Doña Emilia tiene en la biblioteca que dirige algo sobre la esclavitud femenina. es una gloria del sexo... ¡Si usted leyera sus estudios sobre la revolución y la novela en Rusia! Paca se encrespó de repente. Dejó el soplillo con que avivaba la lumbre y se encaró conmigo, roja como un manojo de cerezas. Con imperio de mujer fuerte, tendió su brazo y señaló la puerta de salida.

–Mire, váyase a la calle con viento fresco. ¡Pues, hijo, para lecturas estoy yo! ¡Academias a mí! Largo, largo de aquí...

Los chiquillos miraban asombrados. Yo gané la escalera, dejando en la cocina a la buena mujer, rodeada de turba infantil, en los brazos de un rubio mamoncete y revolviendo los pucheros, que humeaban sobre el fogón. Desde lejos escuché a Paca, que seguía gritando:

–Novelas y fantasías... Largo, largo de aquí... ¡Y usted perdone! Aquí tiene su casa. ¿Pero qué haces ahí, so arrastrao? ¡Uf, qué tropa!

SALVADOR MONSALUD